

## PRÓLOGO

Juan Antonio Alejandro García  
Director de los *Cuadernos de Historia del Derecho*

Este ejemplar de los *Cuadernos de Historia del Derecho* que el lector tiene ante sí es especial. Especial porque no guarda el orden numérico de los que se han venido publicando pero sobre todo porque quiere ser un homenaje a una persona que también es especial, Isabel de Grandes. Ella es la persona a quien este número va dedicado, alguien que en el amplio mundo de la Historia del Derecho no necesita presentación, sobre todo entre quienes, aunque ajenos al Departamento de la Complutense, pertenecen a generaciones no demasiado recientes, aquellas que para promocionar tenían que pasar por las aulas de la Universidad que entonces era «central», aunque no sólo esta razón sino otras muchas han contribuido a hacer de su persona un punto de referencia y un nexo de relación entre historiadores del Derecho de muy diversa procedencia o ubicación.

Por eso, y porque ella ha sabido tejer y cultivar una amplia red de relaciones humanas que han girado sobre el núcleo de una asignatura, de un Departamento y de la secretaría de éste, el hecho de que, por imperativo cronológico, haya llegado el momento de su jubilación no podía ser una circunstancia que sólo le afectase vitalmente a ella y que apenas trascendiera a su más próximo entorno. Cuantos hemos tenido un más estrecho contacto con Isabel sabíamos que teníamos que hacer algo que pusiese de manifiesto el impacto de este acontecimiento. Porque la vinculación de Isabel de Grandes con el Departamento y con la disciplina es una cuestión que desborda lo meramente funcional para alcanzar consecuencias institucionales, pues ella misma no ha sido una funcionaria más sino una institución dentro de otra institución, una figura que ha marcado el devenir de todo un Departamento: historia viva del acontecer cotidiano de un rincón de nuestra Universidad.

Sin ella pretenderlo, ha sido el eje, la bisagra de las relaciones internas –no siempre fáciles– y también externas del Departamento. De ahí que, el día que, ausente ella por alguna razón siempre justificada, su despacho permanecía cerrado, cuantos pasábamos ante él nos convertíamos en sombras escurridizas que ese día nos sentíamos ayunos del saludo amable, de la información puntual de los más recientes acontecimientos, de la noticia que a ella llegaba siempre a través del más insospechado contacto sobre lo acaecido más allá de nuestras paredes. O teníamos la sensación de que no nos sería fácil localizar el libro, el documento, el dato que ella tenía en su memoria locativa, antes de que el ordenador le empezara a servir como instrumento accesorio de búsqueda. En cambio, su presencia en su despacho, normal en una funcionaria cumplidora, «a la vieja usanza», era una puerta abierta a la comunicación, una invitación a la confidencia, un apoyo siempre valioso para averiguar a

bote pronto si en la biblioteca existía un determinado libro o el lugar donde se ubicaba y para contar con él de inmediato, aunque para ello hubiera de realizar funciones que excedían a su estricta obligación de secretaria, que, por lo demás, ha ejercido con puntiliosidad y seriedad admirables.

De lo que esto, a lo que ya estábamos rutinariamente acostumbrados, ha significado para todos nosotros –esa eficacia de «funcionaria todo terreno», esa ventana abierta al mundo– nos damos cuenta ahora de manera especial porque nada se aprecia más que aquello importante que se ha dejado inexorablemente atrás. Y en este caso, en que bien podíamos decir con Ortega que ella ha sido, y sigue siéndolo aunque desde otra dimensión, nuestra circunstancia, sentimos que en el Departamento ha habido un «antes» y ahora estamos iniciando un «después», separados ambos tiempos por el acontecimiento de su jubilación.

Algunos hemos compartido con ella décadas –las cuatro en que ha sido el eje del Departamento–, otros un tiempo más corto, pero los más veteranos y los novicios hemos tenido suficientes ocasiones de comprobar que la historia del Departamento nunca sería completa si no se tuviera presente la de quien durante esos cuarenta años ha sido su secretaria; de quien compartió con gozo las alegrías y los triunfos o se contristó con las frustraciones de los que nos sentimos próximos a ella; de quien sufrió como propias las inevitables controversias y desencuentros en un Departamento superpoblado en el que han convivido y conviven orientaciones varias e intereses diversos no siempre propicios al buen acomodo; de quien tantas veces fue el bálsamo para opositores alicaídos y tensos, paseantes de su congoja por los fríos pasillos de nuestra Facultad a la puerta de chiqueros o a la espera del veredicto; de quien siempre supo buscar y encontrar el contacto útil que salvara la incompetencia, la indefensión o el perdimiento de cualquiera de nosotros ante el intrincado mundo de la burocracia administrativa; de quien supo anticiparse, advertirnos ante la proximidad de un olvidado plazo que concluía, estar al quite ante cualquier incorrección en la que hubiéramos podido incurrir.

Nos habíamos acostumbrado a confiar en que nuestros posibles errores, nuestros deslices siempre serían salvados oportunamente por quien, concedora como nadie de nuestras actividades y de nuestros compromisos, era nuestra más segura agenda y nuestra mejor componedora.

Por todo ello y por muchas más razones, los integrantes del Departamento de Historia del Derecho y junto a nosotros otros muchos compañeros de esta o de otras asignaturas, tanto de la propia Universidad Complutense como de otras, que sentimos de manera solidaria un idéntico afecto hacia Isabel de Grandes hemos querido que ella, coleccionista de nuestras publicaciones –siempre dedicadas, como ella gustaba de requerir–, sume a su peculiar biblioteca un libro también dedicado, pero en esta ocasión con la dedicatoria en letra impresa, como corresponde a este caso, en que el ofrecimiento de la obra nace del corazón.

Termino estas líneas con una evocación de aire evangélico, recogiendo el sentir de todos cuantos hemos convivido tantos años con Isabel al proclamar, como se solía afirmar sólo de algún gran maestro, que aunque ella se marcha, queda entre nosotros. El recuerdo y la añoranza harán que el contacto con ella no se corte, y que ésta siga siendo por mucho tiempo su casa.